

Lun

17
Sep

2018

Evangelio del día

Vigésimo cuarta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par

"Dilo de palabra..."

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 11,17-26.33:

Hermanos:

Al prescribiros esto, no puedo alabaros, porque vuestras reuniones causen más daño que provecho.

En primer lugar, he oído que cuando se reúne vuestra asamblea hay divisiones entre vosotros; y en parte lo creo; realmente tiene que haber escisiones entre vosotros para que se vea quiénes resisten a la prueba.

Así, cuando os reunís en comunidad, eso no es comer la Cena del Señor, pues cada uno se adelanta a comer su propia cena y, mientras uno pasa hambre, el otro está borracho.

¿No tenéis casas donde comer y beber? ¿O tenéis en tan poco a la Iglesia de Dios que humilláis a los que no tienen?

¿Qué queréis que os diga? ¿Que os alabe? En esto no os alabo.

Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo:

«Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía».

Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo:

«Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía».

Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Por ello, hermanos míos, cuando os reunís para comer, esperarnos unos a otros.

Salmo de hoy

Sal 39 R/. Proclamad la muerte del Señor, hasta que vuelva

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides holocaustos ni sacrificios expiatorios,
entonces yo digo: «Aquí estoy». R.«- Como está escrito en mi libro -
para hacer tu voluntad
Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas». R.He proclamado tu justicia
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios: Señor, tú lo sabes. R.Alégrense y gocen contigo
todos los que te buscan;
digan siempre: «Grande es el Señor»,
los que desean tu salvación. R.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 7,1-10

En aquel tiempo, cuando Jesús terminó de exponer todas sus enseñanzas al pueblo, entró en Cafarnaún.

Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, el centurión le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese a curar a su criado. Ellos, presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente:

«Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestra gente y nos ha construido la sinagoga».

Jesús se puso en camino con ellos. No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió unos amigos a decirle:

«Señor, no te molestes; porque no soy digno de que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir a ti personalmente. Dilo de palabra, y mi criado quedará sano. Porque también yo soy un hombre sometido a una autoridad y con soldados a mis órdenes; y le digo a uno: "Ve", y va; al otro: "Ven", y viene; y a mi criado: "Haz esto", y lo hace».

Al oír esto, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo:

«Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe».

Y al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

Reflexión del Evangelio de hoy

¿Qué queréis que os diga? ¿Qué os alabe?

En este capítulo 11, al escribir a los corintios, Pablo sale al paso de una desviación que se está produciendo en la comunidad. La praxis normal era que en las comunidades primero se compartía la comida y luego se celebraba la cena del Señor. Sin embargo, los corintios han caído en una enorme incoherencia: mientras unos comen en abundancia, otros pasan hambre. ¿Cómo es posible que el ámbito por excelencia de la comunión fraterna este siendo ámbito de injusticia y desigualdad? ¿Cómo puede ocurrir que los que tienen más no compartan y repartan con los que tienen menos? Pablo les hace una pregunta retórica cuya respuesta ya conocen, a fin de interpelarlos: “¿Qué queréis que os diga? ¿Qué os alabe?”

El apóstol exhorta a los corintios a que lo que celebran en la Eucaristía, lo celebren también en la existencia, a que no haya ruptura entre el sacramento y la vida práctica. Así encontramos aquí el testimonio más antiguo (año 57) de las palabras de Jesús en la última cena, unas palabras que el apóstol no considera suyas, sino que se sabe eslabón de la cadena, transmitiendo lo que a su vez ha recibido.

El texto paulino nos interroga: ¿Somos coherentes entre lo que celebramos en el sacramento de la Eucaristía y vivimos en el sacramento de la vida? ¿Las relaciones de comunión que han de generarse en la Eucaristía se traducen en el día a día en el compartir fraterno y solidario con los más pobres?

Jesús se admiró de él

Nos encontramos con un relato de milagro. Este constituye uno de los signos del Reino que ya ha llegado. Un centurión aparece en escena preocupado por la salud de su criado. Se deja entrever que lo quiere, puesto que es el amor lo que le hace buscar ayuda. La petición no le llega a Jesús directamente por el oficial romano, como ocurre en Mateo (Mt 8,5-13), sino a través de los ancianos de la ciudad, quienes para convencer a Jesús apelan a los méritos y las bondades del oficial romano respecto al pueblo judío: les tiene afecto y les ha construido la sinagoga.

Jesús, ante la petición, se pone en camino y estando cerca de la casa, el centurión de nuevo le envía emisarios. No sólo no se siente digno de que el Maestro entre en su casa, a fin de no trasgredir la ley judía de ir a casa de un pagano, sino que ni siquiera se sabe meritorio para acudir a él personalmente. Sin embargo, el centurión tiene una profunda convicción interior: una palabra de Jesús será suficiente para la curación de su criado. Argumenta desde la lógica de su propia autoridad con sus soldados, los cuales al recibir una orden del oficial le obedecen. Considera que la palabra de Jesús tiene la autoridad necesaria para hacer obedecer a “sus soldados”, a las “fuerzas hostiles” que causan la enfermedad de su siervo.

Jesús admirado resalta la fe del centurión ante la gente. Un pagano, no conocedor de las promesas de Israel, y por tanto en desventaja respecto al pueblo judío, se fía totalmente del poder de su palabra. Considera que la palabra de Jesús tiene la potestad de hacer real aquello que pronuncia, incluso a distancia.

La palabra de Dios en el Antiguo Testamento tiene una dimensión *per-formativa* o lo que es lo mismo, tiene el poder de realizar aquello que pronuncia. Ahora la palabra de Jesús aparece con ese mismo poder. Como palabra de Dios que es, puede llevar a cabo aquello que enuncia. La frase que pronuncia el centurión la pronunciamos cada día en la Eucaristía antes de la comunión: “Señor no soy digno/a de que entres en mi casa pero una palabra tuya bastará para sanarme” ¿Me identifico con el centurión? ¿Tengo la convicción de que la Palabra tiene el poder de generar en mí y en la comunidad aquello que enuncia? ¿Creo que Jesús y su palabra pueden forjar procesos sanadores y liberadores en mí? “Como baja la lluvia desde el cielo, y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar para que de semilla al sembrador y pan al que come, así será mi Palabra, no volverá a mi vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevara a cabo mi encargo” (Is 55,10-11).



Hna. Mariela Martínez Higuerras O.P.
Congregación de Santo Domingo